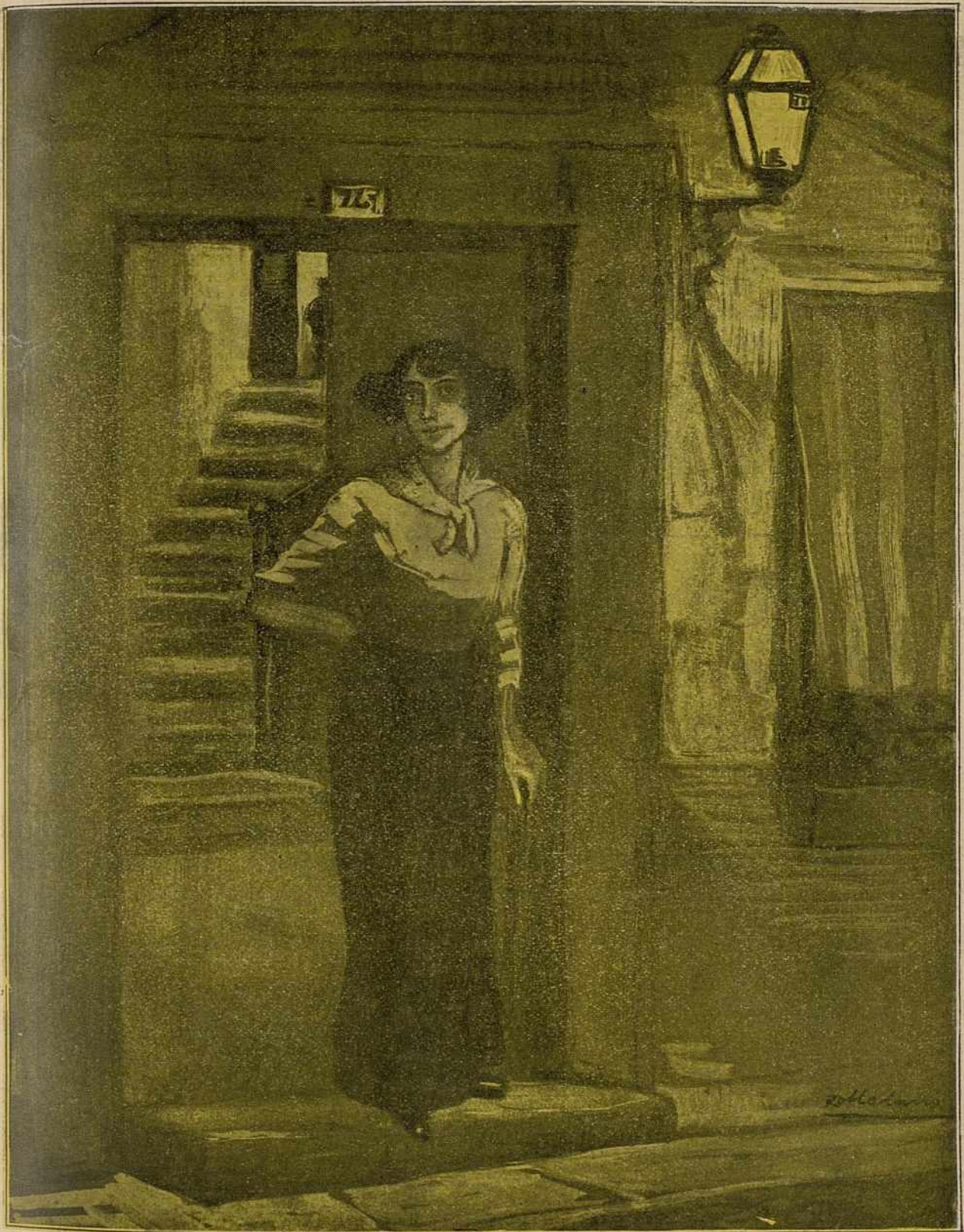


El Cuento Semanal



Cómo caen las niñas contaminación de Madrid
cursis □ POR ANTONIO ROLDÁN

20 céntimos

El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2 2 2

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.--MADRID

Apartado de Correos 409.

Director literario: EMILIO CARRERE

AÑO V.—25 de Agosto de 1911. — NUM. 243

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 30 céntimos.

PASTILLAS CRESPO de Mentol y Cocaína

Su preparación esmerada y exacta dosificación las ha convertida desde hace más de 15 años como el mejor medicamento para la garganta, el más agradable de tomar y el mayor calmante DE LA TOS. No contienen opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y evitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1'50 la caja

Por mayor: PEREZ MARTIN VELASCO Y C.
MADRID, Calle de Alcalá, 7, MADRID

Antinervioso HOWARD

Tónico incomparable, de eficacia indiscutible (probada durante muchos años) para corregir las alteraciones del sistema nervioso. Su preparación en píldoras facilita el uso y no hay NEURASTENIA que se resista á su poder. Recházese toda caja que no sea de esta y carezca del nombre de sus propietarios.

Pérez Martín Velasco y Comp.ª

LEASE BIEN EL PROSPECTO

REMEDIO DIVINO

ANTIRREUMATICO infalible en todas las manifestaciones de tan general y molesta enfermedad. Su éxito es seguro; á la primera fricción atanda el dolor por intenso que sea, y con muy pocas más desaparece. Su uso es fácil, cómodo y de positivo resultado.

Pesetas, CINCO el frasco

Cayetano Fernández

Recibe en México Cuento Semanal y admite suscripciones para éste y demás periódicos españoles, dentro y fuera de la capital.

3.ª Bolívar, 33

Apartado 1.658

PERFUMERÍA "IDEAL BOUQUET,"

Gran surtido en perfumería nacional y extranjera

ULTIMAS NOVEDADES

Especialidad en la fabricación de Aguas de Colonia.

Tipos: Ambarada y Violeta, 6,50 ptas. litro; Azahar y Lilas, 5,50; Hierba luisa, 4 ptas; Odonia, 2,50

Polvos de arroz FÉMINA, especiales para cutis delicados

CALLE DEL PRÍNCIPE, 3 - MADRID - CALLE DEL PRÍNCIPE, 3

NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

SAN SEBASTIAN CITEREA

POR ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

Ayuntamiento de Madrid

CÓMO CAEN LAS NIÑAS CURSIS

Dos gentiles señoritas

I

Halláronse un día Isabel y María Luisa perdidas en la grande urbe. Eran hermanas. Ser bellas, pobres y huérfanas constituía todo su patrimonio. Murió el padre en tierra remota durante una larga campaña, y para más dolor, como si el apellido de aquella familia estuviera condenado a no brillar nunca con un tenue resplandor de luz, de gloria, de esplendor, murió tristemente, obscuramente, en un hospital, atacado por una enfermedad del país. Otros soldados habían sucumbido en el campo de batalla, bajo el amado pabellón flameante, junto a sus hermanos enardecidos, oyendo el rotundo retumbar de los cañones y el alarido bélico de los clarines; habían finado heroica, honorablemente, en una apoteosis de gloria, con una muerte de epopeya. Y para ellos fué la admiración y la fama y las grandes cruces pensionadas, y para sus familias el amparo delicado y digno que hace recibir la limosna como un homenaje.

Pero estas pobres niñas, bellas y tristes, perdieron a su padre sin ruido, calladamente. Soterróse el cadáver en aquella tierra lejana, y sobre su fosa reinó para siempre la paz del olvido.

Quedó a la viuda la modesta viudedad de comandante para sostén y ornato de las dos niñas, cuya juventud ya florecía primaveral. ¡Oh, las vidas dolorosas de estas señoritas sin fortuna, la ansiedad de todos sus días, donde cada desengaño va dejando un triste recuerdo! Hay en sus caras una melancólica expresión de amargura y pasan por la vida ensoñando. Los sueños de las señoritas pobres recorren toda la gama del romanticismo. Algunas sueñan con el príncipe de la Leyenda, de rubias gudejas y sonrisa de auro-

ra, portando gentilmente su laúd a la espalda y una brillante daga de cincelado pomo al costado. Sueñan otras con las dulces excursiones de un viaje de novios, recorriendo la Costa azul, junto a un mozo mundano y amador, de altivos bigotes borgoñones. Otras sueñan con la bucólica placidez del campo turbado por la ráfaga demoníaca de un automóvil asustando a los bueyes filósofos, a los perros aulladores y atávicos, a las medrosas gallinas. Y todo es soñar, y en sueños ven el desfile de muelles y lujosas carrozas, de largas y fulgentes constelaciones de diamantes, de graciosos y adorables donceles. Y al descender el espíritu del Ideal, quiebrase las alas contra la fea realidad espantable.

Las hijas de aquel infortunado militar también soñaban, ahogadas en la estrechez de su pensión. Acaso un día, durante un lento crepúsculo estival, hemos contemplado al pasar la silueta de una niña enlutada tras los vitrales, tramando una de esas minuciosas labores de araña sobre el cañamazo ó haciendo danzar locamente su danza infantil, a los bolillos, magos del encaje, mientras una dama severa y con los cabellos albeantes, leía devotamente allá en el fondo, en la penumbra de la estancia, un libro de rezos, donde al volver de una hoja se quebraba el tejido sutil de unos pétalos marchitos, flores que en otros tiempos habían sido gayas y lozanas, como había sido lozano el corazón sobre el que habíanse posado. Y una extraña oquedad percibíamos en la cámara habitada.

Desfilaba por la calle, al par de la Vida, la farándula harta ó hambrienta, arrastrando muchas existencias, sin mirar a la casita donde una gran cuita, una pena humilde y dolorosa, de seres fríos y resignados, mansos de corazón, abatidos de espíritus, iba componiendo con lágrimas perlinas, con suspiros musicales, con miradas

medrosas de luz tenue, de alba de países norteros, el poema de la santa y adorable vulgaridad, incomprensible para los que tienen el corazón inalterable al ritmo de las estrofas y ciega la vista a los paisajes interiores de las almas.

Tristemente vulgar era la existencia de la viuda y de las huérfanas, vidas de estáticas, evocando días de amor y de infantilidad y regocijo, de calma y de bienestar. Y no se sabe si los años ó las penas ó una inmensa piedad del Destino se llevó a la anciana de esta escena donde se representan tan tristes sainetes y tan jocundas tra-



gedias. Un día la buena madre siguió el camino de misterio buscando a su esposo, y las muchachas se quedaron solas, solas con su dolor. Y aquí el curso de su vida se torció, huyendo de aquel remanso de vulgaridad para correr nuevas riberas desconocidas, cantando, gimiendo, libando en la copa de la Vida todas las alegrías, todas las amargas...

II

Era espiritual y exquisita la belleza de Isabel. El cabello dorado y los ojos azules, de un azul místico, la boca demasiado pequeña, siempre plegada en un mohín encantador de ingenuidad, el cuerpo esbelto y delicado y el ademán lánguido y armonioso. Había en su frente una serena placidez reflexiva, frente tersa y suavemente luminosa, ni altiva ni abatida, frente de resignada con el destino, limpia frente para pensar y comprender. Era Isabel la mayor de las dos: tenía veinte años.

María Luisa poseía una belleza morena y trágica, meridional, una dramática expresión de extravío en los ojos de honda mirada misteriosa, hermetismo y dureza en la frente, pelo negro como las alas de los pájaros fatídicos, los senos osados y en ofrenda y los labios sangrientos y

distendidos en una perenne mueca de rebeldía y de audacia. Tenía diez y ocho años.

Isabel era dulce, atrayente, persuasiva. Ella llevaba el cargo de la casa, la administración de aquella mezquina cantidad con que el Estado pagaba los servicios del padre que no había tenido la suerte de recoger en su pecho una bala misericordiosa. Sobreponiéndose a la fortuna, sabía oponer a la desgracia la firmeza de su voluntad, sabía esperar con la calma de los estoicos. Esta paciencia y mansedumbre desesperaban a su hermana, que no podía sufrir la continuidad de los días iguales y monótonos, el lento desfile de las horas sin emoción, aquel caminar constante por la árida estepa gris, sin un punto de reposo bajo la fronda perfumada, sin una loca carrera al borde del abismo, sin un vuelo al azul. Era la tirana que deshacía todos los planes de formalidad, de ahorro, de buen gobierno, de vida metódica y correcta. Isabel trataba de contenerla inútilmente. Un día sollozaba con angustia porque había visto una bella toaleta ó un hilo de perlas irisadas ó una fragante canastilla de flores. Lloraba y maldecía con aquellos labios hechos para llorar y maldecir, y en la noche de sus ojos fulguraba un relámpago. La hermanita, llena de susto y confusión, la besaba leda, amorosamente, reconviéndola tierna y maternal, hasta que lograba consolarla, porque, al fin, aunque en uno de aquellos corazones se alojaban serpientes y en el otro anidaban palomas, ritmaban al unísono de un grande y estrecho afecto fraterno...

La diversidad de aquellos dos caracteres tal vez mantenía su equilibrio entre ellos. Eran dos vidas que se apoyaban la una en la otra para sostenerse, buscándose, encontrándose, destruyendo el paralelismo que la fatalidad las había impuesto.

María Luisa gustaba de las aventuras hazañosas, de los acaecimientos de fábula y maravilla. Acaso fuera en ella instintiva esta modalidad de su espíritu; tal vez influencia de lecturas. La literatura, como todas las magas del entendimiento, tiene sus artes maléficas para turbar la calma y romper el equilibrio de las cabezas mejor organizadas. ¿Qué sería de una linda y loca cabecita de diez y ocho primaveras que empezaba a despertar, y al dejar el sueño se encontraba con el agri dulce tormento de la vida? Gustaba de lo típico, lo pintoresco, aquello que se halla fuera de la realidad actual y se pierde en las sombras del pasado, lugares lejanos de los tiempos entrevistados entre brumas, donde todo es indefinido, impreciso y desconcertador. Era muy española y muy castiza. La placían aquellos episodios—quizá también algo literarios—que se desarrollaban durante las fiestas y verbenas en las verdes riberas del Manzanares. Duquesas de porte como majas y majas de manos pulidas como duquesas, esgrimidoras de aceros vengadores de honras y perjurios. Alegría y donosura. Y Don Francisco de Goya paseando su agresividad y su

ironía por entre el pueblo. Hubiera querido ser amada de fieros paladines. En esta clasificación entraban para ella desde los héroes epopéyicos hasta los matadores de toros.

En asuntos de amor tenía la intransigencia propia de su juventud. Quería un amor para ella sola, que se formara dentro de un corazón con el ritmo de todos los corazones románticos. Así iba, tras de un ideal indeterminado, pero su destino era volar, porque tenía alas en la imaginación, y las alas no saben del reposo.

Isabel, por el contrario, vivía menos exaltada, ó su sentimentalismo era más dulce y medroso. Para nosotros siempre será esa niña delicada y espiritual hecha de nubes y de ensueño, de rayos de luna y tenues tonalidades de aurora, de inquietud y de misterio; será siempre para el espíritu como una aparición celeste, como luz de alba, como un recuerdo amado, como el perfume de una flor. Porque Isabel era de una fragilidad, de una tenuidad, de una inmaterialidad tal, que ponía una sonrisa de optimismo y de inocencia en los labios de quien la contemplaba. Era como una copa de pureza donde se libara el bálsamo de virtud para poder morar aquí abajo, entre tantas pasiones, tantas perfidias y tantas vanidades.

A ras de tierra, pensaba también, más tímidamente, en una vida tranquila y sosegada junto á un rendido amador; en la vida que viven los seres modestos, en el hogar caliente y amigo, mientras los vientos impetuosos van barriendo en la calle miserias y soberbias. ¡Dulce encanto de una salita con su histórica camilla cubierta por un tapete de crochet, de poco complicada trama, debido á la habilidad de unas adorables manos femeninas que hemos besado muchas veces con lástima porque tenían los dedos pinchados por la aguja; estancia donde hay una gran cómoda lustrada bajo un amplio espejo, á cuya luna se asoman dos floreros y un fanal que encierra una Virgen. Para ella, el colmo de la felicidad podía encerrarse en una ventanita donde cantara un canario, ornada con unas polícromas macetas, desde donde viera los tejados rojos engalanados por la escarcha con lentejuelas de plata, y allá, en la lejanía, la montaña, cerrando con sus cumbres nevadas el horizonte. ¡Oh, casita de paz y de amor, camilla, cómoda, espejo, floreros, fanal, quinqué de verde pantalla, tiesto de albahaca, jarra de flores, pintado pajarillo, ventanita al cielo! ¡Oh, extrañamente sentimental vulgaridad!

III

Moraban las hermanas en una pintoresca casa de barrios bajos, casa de corredor y de comadres, pobre y mezquina zahurda donde los vecinos se hacinaban en mechinales oscuros y hediondos. Habitaban ellas un piso cuarto, colgado sobre el abismo de la calle, fría y solitaria en

invierno, invadida por la chusma durante las noches asfixiantes del estío. Mientras vivió la madre, fueron respetadas por los vecinos. La negra toca y el blanco cabello de la anciana imponían la veneración; pero, al morir ésta, todas las víboras de las malas pasiones fueron acechándolas, subiendo hasta enroscarse á su garganta, hasta clavar el áspid en el sitio del corazón, vertiendo veneno, veneno. El casero, que en la pobreza villana de su ánimo no concebía cómo dos muchachas guapas, jóvenes y solas pudieran resistir á su oro, las injuriaba con necias suspicacias. Fué el primer embate, el primer gruñido hosco y fiero de la realidad, esa dueña ponzoñosa y agresiva de que va siempre escoltada la ilusión. El viejo concupiscente quiso valerse de sus malas artes de marrullería, pero el corazón de las niñas estaba enflorado de sentimentalismo.

¡Oh corazón, ascua purificadora de nuestra propia carne! ¿Cómo aquellas niñas solas y pobres, acuciadas y combatidas por todas las amarguras y todas las miserias pudieron resistir á la tentación halagadora de las telas crujientes de seda, á la caricia de las plumas, á la grata carga y brillo de las joyas, quién sabe si hasta al armiño y los *valenciennes* y las esmeraldas, adornos todos fabulosos, cosas que habían leído en libros, que habían visto en paseos y teatros? Porque ellas de todo tramaban una novela y veían al viejo lascivo como uno de esos horrendos gnomos espantables que moran en las cavernas y latebras ocultando su oro, sus tesoros de rubíes y diamantes, para ponerlos á los pies de las bellas princesitas de los cuentos orientales. Pero no sucumbieron. Tal vez hay un hada propicia al Amor, á la Belleza, que detiene los pasos de todas las adorables niñas espirituales al borde de la ciénaga.

La caída de las mujeres suele ser bella, dulce y desinteresada. Algunas ceden á la codicia y á la ambición, pero es porque están contaminadas de otras impurezas. Generalmente caen de un modo, con un gesto de gallardía y de arte, y de dulce rendimiento. Luego las alimañas y los grajos se ceban en los despojos.

La que más sintió la tentación fué María Luisa, la eterna rebelde contra aquella miseria opresora, ahogadora, que iba haciendo de sus vidas, llenas de deseos irrealizables, un grotesco calvario que subían arrastrando la cruz de su honradez, de su nombre y de su orgullo.

No; había que ceder, abandonarse al sacrificio, cerrando los ojos, procurando insensibilizar la piel para sufrir el impuro contacto de grosería y de lascivia senil. Un instante de amargura bien podía darse por una vida de esplendor, de triunfos, vindicadora de aquellos otros días negros, que quedarían atrás, olvidados, perdidos entre el bagaje de recuerdos que lentamente iban quedando en las zarzas del camino, ó iban arrojando al polvo de la senda por pesados y por inútiles. La tentación hizo presa en su cabecita

turbada, en el arpa de sus nervios vibrantes, y estuvo á punto de ser débil para poder ser fuerte. Pero la hermanita más pura, más quintaesenciadamente sentimental, que había sabido hacer una religión del infortunio y del dolor un culto, la fortaleció con sus sanos y sabios y dulces consejos de ingenua, de niñita reflexiva y formal,

quizá había de mantenerse en aquellas cabezitas, nidales de tan levantados ensueños de irrealidad.

Tuvieron también que sufrir la curiosa aviesidad de las vecinas, generalmente mujeronas fofas, derrengadas y repulsivas; sucias, desgreñadas, dando sus pechos flácidos á peque-



vidente, que sospecha que hay algo más interesante que el mundo que nos rodea, nuestro mundo interior, donde tan bellos espectáculos sorprendemos y tan trascendentales escenas se desarrollan. Fué nuevamente el dique que contuvo el desbordamiento de aquella vida desbordante de rebeldías, de audacias y violencias que trabajosamente podían contener todos los prejuicios, todas las conveniencias y todas las éticas.

Pudieron resistir porque su destino era un destino de desventura tal que ni había de ser bellamente dolorido en la altura, ni jocundo y resplandeciente en la abyección. El equilibrio

fueles comidos de podre y de carroña. Odiaban ardientemente á las tristes por su juventud, por su belleza. Cuando salían las muchachas de casa invadían los corredores las comadres, tocándose con el codo, haciendo mofa y burla. Pensaban que aquella graciosa y gentil intrusión en sus dominios las robaba el amor de sus hombres en complicidad con el alcohol y la miseria.

María Luisa sentía muchas veces deseos de arañar, de morder, descendiendo al nivel de la canalla. Su hermana, altiva, desdenaba.

Y así deslizábase su vida de jóvenes sin protección, de bellas sin amor. Isabel, añorando el pasado, viviendo el presente y pensando en lo

porvenir; María Luisa, olvidándose del ayer, renegando del hoy y burlándose del mañana con su carácter de inadaptable.

IV

Un día desfiló el brillante cortejo del amor ante los ojos deslumbradores de las dos señoritas, regalando á Isabel con su trovas galanas, pasando fieramente el pecho á María Luisa con sus saetas agudas.

Era el corazón de Isabel como un cercado vergel donde sólo florecían místicas azucenas de virtud. Para llegar á él había que hacerle objeto de un culto, elevándole un incienso lírico y sentimental. Tuvo la gracia de enamorarla un artista. Vivía en el cuarto aldeaño. Le conoció una tarde, durante un lento ocaso estival, esa hora de las confidencias y las revelaciones.

Frente á la casa, en lo hondo de la calle, un jardín señorial ocultaba tras las bardas la poesía de su fronda. Isabel, repechada en el balcón, perdía la mirada á través de las ramas, recorriendo aquellos diminutos caminitos de arena, melancólicos, siempre solitarios, orillados por la ceremoniosa corrección de los evónibus que, á veces, trasponían, aventureras, algunas rosas, encendidas de emoción. ¡Paz de un jardín amparado por altos tapias donde no llegan los gritos ni las injurias de la chusma, el fragor de las luchas de odio y de ambición, jardín donde sonara leve y temerosa la voz de una vieja duquesa que ha vivido en París y á la hora postrera acuérdate de su vetusto palacio, ya cercano á la puerta segoviana, para ir á contar en confesión sus culpas de juventud y de pasiones á un prelado mundano, galante é indulgente!...

Suspiró una voz junto á Isabel:

—¡Tristeza de un jardín abandonado!...

La niña volvió la cabeza. Era un hombre. Pudo ver que tenía el cabello largo y en desorden, los ojos negros y extáticos, la faz rasurada y pálida, con una tenue palidez distinguida. Abatió otra vez la vista sobre el jardín, turbada y confusa, y la voz tornó á suspirar:

—Perdón, señorita, si me atrevo; pero, para mí, el hablar es una necesidad cordial, como el llorar, como el reír. El silencio, señorita, es el recurso de los misántropos ó de los que no tienen nada que decir. Sólo el silencio de la Naturaleza es grande, porque del fondo de ese mismo silencio se eleva una armonía inefable. Debemos hablar, aunque hablemos solos, como los locos; ¿acaso no son los locos seres privilegiados que han subido sobre el nivel de los imbéciles hasta un alto mundo espiritual? Comprenda, señorita, que amo tanto el sonido: soy músico.

Sentía la niña una vaga inquietud. Ni los requiebros necios ó soeces, ni las frases insulsas de admiración, la habían logrado conmovir durante su caminar á través de las calles. Pero aquellas palabras extrañas, pronunciadas lángui-

da y desmayadamente bajo el cielo teñido por las mágicas luces del crepúsculo, sobre aquel jardín olvidado que esperaba las últimas galantes confesiones de la vieja dama pecadora, llevaron una grande turbación á su ánimo.

Seguía musitando la voz del músico:

—Yo, señorita, contemplaba como usted ese jardín, y por una rara y feliz idea, he supuesto un momento que nuestras miradas se juntaban en el espacio, y juntas trasponían las cercas, y



amigas, se abismaban hasta la fronda, prendiéndose en las flores, recorriendo los macizos donde el césped teje blasones, bañándose en el perlado penacho del surtidor, que se obstina en su glorioso empeño de escalar el cielo. Quizá esta alucinación sea explicable. ¿No pensaba usted, como yo, en la melancolía de un jardín dormido?...

Pudiera aquel hombre haber tomado sus blancas manos de abadesa sin que ella hubiera sabido resistirse. Tal la había ganado el ánimo la poesía de aquellas palabras.

La presencia de María Luisa puso fin al encanto. La vió venir calle arriba rápida, sofocada. Varios hombres que á la puerta de una taberna impedían el tránsito por la acera la jalearon flamencos y joviales. Uno de ellos, más audaz, se le plantó delante, haciéndola descender al arroyo y cruzar al otro lado de la calle. No obstante, se irguió orgullosa y satisfecha, recogió los vuelos de la falda y siguió taconeando hasta perderse en el portal.

Era el hombre un mozo gallardo y fino. Vestía con americana entallada á la moda y un claro sombrero cordobés. Rizábasele en las guías el bigote, y su tipo era una mezcla de señorito y de truhán, de aristócrata degenerado ó de golfo bien vestido, ejemplar muy frecuente en el Madrid de la chulería y la vagancia. Usaba un llamativo chaleco de fantasía, brillábanle las gemas en los dedos y fumaba cigarros habanos.

Habíase propuesto la conquista de María Luisa, aquella dramática belleza española, y atalayaba desde la propinqua taberna cuándo la muchacha salía á la calle.

Hallábase ésta siempre propicia á abandonar la casa, la siniestra casa inhospitalaria, donde todo era enemigo, donde la risa juvenil sonaba como una piedra en la oquedad de un pozo, ahogada entre aquellas paredes cubiertas con papeles plumizos, bajo aquel techo sombrío que cada día, pensaba, iba descendiendo más sobre su cabeza, hasta que llegara á hundirse sobre ella, aplastándola. Experimentaba una angustiante sensación de opresión, de asfixia, y tenía que salir nerviosa, como huyendo, dejando á la hermana llena de tribulación al ver cómo aquella cabecita loca sufría tan complicadas crisis sentimentales.

V

Se despedía el verano dejando encendida una pasión en el pecho de cada hermanita. Isabel y el músico vecino se adoraban. Seguían conversando de balcón á balcón, á esa bella hora cuando muere el día. Llegó el propicio para las confesiones. El artista planía quedamente:

—Isabelita: yo estoy solo. Usted también está sola...

—No, vecino. Yo no estoy sola. Tengo á mi hermana.

—Bien. Está usted sola con su hermana, que la abandona... Yo lo veo, Isabel. En el fondo de sus ojos no hay misterio que yo no descifre; la albura de su frente tiene para mí la transparencia de un cristal; el leve temblor de la flor de sus labios le comprendo como un lenguaje conocido...

—Entonces, ¿yo no tengo secretos para usted?

—Sí. El enigma está en el corazón.

Hubo una breve pausa. Después preguntó Isabel tristemente:

—¿Y usted cree que tenga yo corazón? ¡Ni yo misma lo sé!...

—Ya lo sabrá... Cuando venga el amor.

—¡El amor! Cuando llegue no encontrará sitio. Le ocupan ya muchos dolores, y el amor dicen que es un nuevo dolor.

—... Que nace con nosotros.

—¿Es acaso el amor el pecado del Paraíso?

—Es más bien el paraíso del pecado.

Ella quiso cortar aquellas ingeniosidades con una falsa risita de jovialidad, pero el muchacho se aventuró:

—¡Vecina!...

—¿Vecino?...

—Isabelita... ¡Usted no sabe lo que es amar!

—¡Ay! ¡No lo sé!

—Pues bien, Isabel. Amar... amar... ¡Dios mío, si yo tampoco sé decir lo que es amar!

Y ella entonces desgranando una gloriosa carajada que ocultaba un sollozo, exclamó:

—Pues hijo, si eso es amar, yo creo que estoy enamorada—y desapareció riendo en la estancia.

Desde entonces fueron novios. Por las tardes hablaban bajo el alero del tejado como dos golondrinas. Este símil habíaseles ocurrido muchas veces porque estaban en el más culminante período de romanticismo. Cuando se retiraban del balcón, el músico comenzaba á ejecutar en el piano sus estudios, sus sonatas, algunos valse. La niña, con el oído pegado al tabique, escuchábale extasiada. Otras veces llegaban hasta ella acordes aislados, vigorosos, definitivos, como zarpazos dados sobre el teclado, notas sueltas é incoherentes del canto. Era el momento sublime de la composición.

Isabel se emocionaba porque sabía que todo aquel esfuerzo era para ella un homenaje.

María Luisa, con un fuerte campanillazo, volvíala á la realidad. Casi todas las noches Isabel la reconvenía:

—Mari. ¿Te parece bonito? Las ocho y media. Has salido á las tres.

La contestaba irritada:

—Bueno, ¡mejor! Y tú con tu musiquillo, que el mejor día os caéis á la calle. Si juntáis las cabezas tanto, que parecéis el asa de una cesta. ¡No seas tonta! Déjale entrar. Libertad tienes. ¡Te quedas sola!

Isabel sollozaba:

—¡Ay, María! ¡Ay, María! ¡Si viviera mamá! ¡Pobre mamá!

Y abatía la cabeza dolorosamente hasta que la chiquilla, que era en el fondo buena, muy buena la pobrecita iba á desarrugarla el ceño con muchos besos, besos que demandaban perdón, indulgencia, porque quizá presentía que hacía mal en amar al hombre aquel que la cortejaba desde la puerta de una taberna. Pero no era poderoso su temor para huir de aquel buen mozo finchado y gallardo que hablaba con una cínica entonación de desdén cuando la veía apasionada ó con una tierna y ardorosa audacia al contemplarla pensativa é indecisa. Llevábala hacia él pensar que había desflorado el secreto de muchos amores. Era la preocupación del *irresistible*, esa mentira morbosa que ha arrastrado á tantas mujeres á la infamia.

Así como Isabel se encontraba en un agudo período romántico, veíase ella en medio de la lucha, porque tal vez su misión en la vida era cruenta.

Terminada la cena, cuando ya oíase el ruido de los portales cerrándose, María Luisa salía una vez más al balcón para despedirse de su novio,

que desde la puerta de la taberna la enviaba un beso con los dedos, mientras Isabel suspiraba escuchando aquella música, que el artista hacía sonar quedamente sobre la noche para no ahuyentarlas el sueño.

La tiranía del amor

I

Cuando aquella tarde María Luisa se despidió de su hermana, abrazóla convulsiva, frenéticamente, con esa dolorosa efusión que se pone en las despedidas. Quizá temía no volver. Su voluntad se gobernaba por el capricho del amado, el mozo de palabra graciosamente pícara, de mirada un poco desvaída, como cansada de haberse paseado sobre el cuerpo de tantas mundanas, de manos demasiado sabias en caricias, esas caricias que se roban para aumentar el encanto del pecado.

Iba lentamente declinando su pudor. Primero consintió los paseos por lugares retirados. Después consintió los besos, luego los devolvió.

Una vez aconteció un suceso muy frecuente en las aventuras estudiantiles. Fué en la parte más intrincada de la Moncloa. Creíanse solos, y el novio había ceñido la cintura y hacía surgir de su garganta descotada un collar de rosas al fuego de sus labios. Ella, sofocada, estremecida, doblaba la cabeza hacia atrás. Y ya los dedos hábiles del amador se atrevían á prolongar el descote, cuando un guarda interrumpió la escena, amenazando, en nombre de la pública moral, con llevarlos á la Comisaría. Y la muchacha, que sin la presencia de la autoridad quizá hubiera sucumbido en un momento de pasión, se deshacía en llanto y en súplicas ante aquel buen hombre imperturbable que velaba celoso por la integridad de las doncellas perdidas entre la fronda con sus novios. Pero el galán, ya experto en estas andanzas, alargóle un par de pesetas, diciéndole:

—Dispense amigo. Y tome, por saber cumplir con su deber.

Y sonrió cínico, mientras el guarda se alejaba murmurando:

—Lo hago porque se ve que es una señorita. Por una vez...

Hubo luego sus reproches todavía con lágrimas de susto: «¡Lo ves!» «¡Ya te lo decía yo!» Y al cabo de unos días olvidaron el incidente. Pero desde entonces no fueron las frondas testigos del idilio.

María Luisa tuvo una caída triste y vulgar, no en la sombra inquietante del atardecer, sobre el campo, recordando la selva pagana y el dulce son de la siringa ¡fiesta de amor y paganismo!; no bajo el sol ardoroso, hundida en los trigales de oro, ¡fiesta de abundancia y fecundidad!; no durante una noche de orgía, queriendo libar el amor en una copa de champán y queriendo embriagarse en unos labios, ¡fiesta de locura y de belleza! Cayó modesta, obscuramente. ¡Fatalidad

de toda la familia, que no pudo salir de su vulgaridad al poderoso conjuro del amor, como no había podido salir al de la muerte!

II

María Luisa, después de comer, se vistió pulcramente, y atravesando rápida y retadora entre las comadres, salió á la calle. Era una tarde de otoño, de este dorado y tranquilo otoño madrileño. Había llovido días antes y gustaba la caricia del sol.

Pasó la niña junto á la taberna donde su novio la esperaba y ambos siguieron lentamente calle arriba, sin hablarse, con ese peculiar embarazo de los enamorados, que no saben cómo iniciar un saludo todo lo más cálidamente expresivo. Por fin, él oprimióla una mano que colgaba desmayada:

—Hola, nenita, vidita mía. ¿Dónde vamos hoy?

Y como ella callara indecisa, añadió:

—Hace un día hermoso. ¿Quieres que vayamos al campo?

—No, no. Al campo, no. Estoy cansada—replicó la muchacha recordando aquella escena del guarda y no hallándose muy heroica ante el hombre amado, tan audaz, que ya la había vuelto el guante y la acariciaba la palma de la mano con aquellos dedos finos y ágiles acostumbrados á manejar naipes y rasguear guitarras.

El volvió á preguntar, ofendido, con cierto airecillo amenazador, como pagado de sí mismo:

—¿Qué?, ¿vienes hoy de nones?

Pero al ver que ella suspiraba rendida, cediendo, resignada con aquella esclavitud de su corazón, musitó blandamente:

—Mira, mi alma. Tomaremos el tranvía. Por Madrid no se puede andar. Ya han vuelto todos los ricos del veraneo.

Aquella frase pesó en el ánimo de la pobre señorita pensionista. Sí; también ella tenía derecho á pasar un día de campo, de sol, de alegría, de amor, lejos de la casa sombría y odiada, bajo el cielo azul, colgada del brazo del galán, escuchando la música de sus palabras concertada con aquella otra música de las campanas lejanas, de las esquilas cristalinas, de las tonadas del campo. Un encanto sentimental invadió su alma, su alma forjadora de tragedias y violencias. Y bajo la impresión de aquel sentimiento propicio, marchó al peligro inconsciente, hacia lo brillante, lo fulgente, como una mariposa á la luz. Ella hubiera querido abrazarse en el sol...

Llegó el tranvía á las Ventas. María Luisa descendió algo triste. Había impresionado durante el trayecto aquel continuo desfile de muertos á lo largo de la carretera. Pero como su espíritu era tornadizo é inquieto, las notas bullangueras y procaces de un organillo la volvieron á la jovialidad. Sonaban en sus oídos á fiestas, á libertad, á evasión. Respiró ampliamente y, muy pueril y risueña, colgóse del brazo del novio, comenzando la primera parte de su sueño.

Pasearon á campo traviesa, pasando junto á casucas miserables, bordeando el arroyo sucio é infecto. Aunque el paisaje no era ni pintoresco ni bello, caminaban felices; él, taimado, observador; dejando caer las palabras lenta, armoniosamente, con voz quedita y persuasiva, torturando su imaginación para encontrar conceptos que despertasen en ella la sensualidad. María Luisa, á pesar de que su evocación de campos floridos y poéticos había sido defraudada; no obstante haberse trocado en cardos las violetas y en gallinas las palomas, estaba seducida, hechizada, abandonándose locamente á su pasión y á su desco.

Cuando hubieron paseado tornaron hacia el puente y fueron á descansar á un merendero. El amante, ya experto, esquivó la presencia de la gente. Cruzaron un jardinillo y penetraron en un cuartito pequeño, pulcro, con una mesa ya preparada y un amplio y muelle diván en una esquina.

Presentóse el camarero, recibió el recado, y salió. María Luisa estaba algo asustada, comprendiendo la intimidad del comedorcito, de aquella mesa con dos cubiertos, cual si de antemano se hubiera sabido que habían de ser solamente dos los comensales, de aquel diván como un lecho rojo, en la penumbra confidencial, fuera del halo de luz de la bombilla, que caía sobre el albo mantel opresa y encauzada por una tulipa también roja. ¡Oh, el tono rojo de aquel cuartito color de pasiones, de pasiones fuertes y sangrientas, que han puesto el sello de infortunio en muchas vidas!

Habíase dejado caer en una silla y meditaba. No osó sentarse en el diván temiendo que el amado la doblara, la tendiera sobre él con uno de aquellos graciosos ademanes de majo.

Hubo una larga pausa. El había colgado el sombrero flamenco y liaba lentamente un cigarrillo con naturalidad, como quien ha pasado por la misma situación muchas veces.

Unos golpecitos discretos en la puerta anunciaron al camarero.

—Adelante.

Traía el recado de una vez, en una gran bandeja: las ostras, el pollo frío, el salchichón, las aceitunas.

Al salir pronunció una frase que debía ser en él sacramental:

—Cuando el señor desee llamar...

Y señalando el timbre, se retiró impasible, cerrando la puerta tras sí.

María Luisa, ya acobardada á la hora del sacrificio, imploró:

—¿Por qué cierra? ¡Hace tanto calor aquí!

El, por toda respuesta, entreabrió una ventanita que estaba protegida por una persiana verde. Después dirigióse á ella mimoso, sonriente:

—Quítate la mantilla, nena. ¡Cómo no vas á tener calor!

Y, sin esperar, la destocó él mismo de la blon-

da. Ella dejaba hacer sumisa, vencida; pero cuando los labios del mozo se prendieron en los suyos con un beso muy fuerte, muy ardiente, muy largo, con un beso definitivo y revelador, no pudo contener un grito y se puso en pie...

En la mesa él estuvo correcto, locuaz, aturdién-



dola con su charla pintoresca é hiperbólica, llena de *timos* y donaires. Regaba las viandas con vino, con ese oro líquido enloquecedor de las vi- des béticas, vino que da sed, sed de amar, de reir, de olvidar, hasta caer dormidos al arrullo de coplas gitanas, alucinados por los ojos negros de una *bailaora* que surge de la blanca y movible espuma de encajes de sus enaguas.

Y aquel vino ensordecedor puso fuego en la sangre de la niña, y sus ojos eran dos incendios, y sus labios parecían brasas. Y en aquel incendio de pasión trocóse en cenizas su virginidad, cenizas que más tarde irían aventando otras pasiones más pequeñas.

III

Las ocho... las nueve... las diez... Isabel, con medio cuerpo fuera de la baranda del balcón, avizoraba la calle. Iba adquiriendo su faz una expresión de angustia y de impaciencia. En el balcón aledaño el artista hablábala de lirismos y ternezas. Apenas le escuchaba. La tardanza de su hermana tenía la inquietud, con esa inquietud de quien presiente la arribada de alguna desventura. Iba poco á poco recordando cómo María Luisa, aquellos días, había puesto más esmero en su tocado, vistiendo la única blanca camisa de encajes, con su fresca caricia estremecedora deslizándose sobre la seda de la piel, *reteniéndose* un momento en los senos como la espuma del agua

en las piedras del cauce, las negras medias de trama calada, arabescos de sombra sobre la albura del mármol; aquellos zapatitos de tacones inconcebibles que la hacían mantener el pie vertical, en la actitud en que se retrataban las antiguas bailarinas de la Opera; el traje imperio, ceñido y tentador; la mantilla de blonda encubriendo la borrasca de lides y pasiones que se encendían en aquellos ojos y suspiraban romancescas en aquellos labios. ¡Oh, la mantilla, gala vetusta y amada, como la blonda de Almagro, el rosario de cuentas de nácar con unas cruces y medallas de plata vieja toscamente cinceladas, el oloroso abanico de sándalo, recuerdos de una pasada prosperidad, que duermen en el fondo del arca, donde la madre buena las escondiera á la rapiña de los judíos; cosas que conservan la huella, la presión y la caricia de unas manos santas, defendidas de la ruina por olorosas bolsitas con espliego, con alcanfor. Y adornóse también con otras galas modernas y revolucionarias, adquiridas mediante el sacrificio diario de unos míseros céntimos...

Isabel comenzaba á desesperarse. Tranquilizábala el músico amorosa y blandamente:

—Calma, Lita, calma—. Abreviaba así el diminutivo—. Ya volverá... Algún encuentro inesperado...

—No, no—protestaba ella—. Nosotras ya no conocemos á nadie, es decir... ya nadie quiere conocernos.

—Quizá algún accidente sin importancia, Lita...

Pero había en su voz un triste dejo de descreído. La muchacha, agradecida, exclamó plañidera:

—Tú eres muy bueno y quieres tranquilizarme. Pero... mira... á la taberna. ¡Tampoco está él! Me ayudarás á llorarla.

Y el muchacho, que ya comenzaba este triste deber piadoso, hizo un esfuerzo para exclamar:

—¡Sí!...

Alargóle Isabel la mano y quedaron largo rato con ellas enlazadas, con las miradas en la calle, contando un corazón su dolor al otro corazón...

El súbito sonar de un reloj la sobresaltó. ¡Las doce! Desprendió su mano de la dulce presión de la otra mano amiga, gritando:

—No es posible. Yo no puedo dejarla sola. La buscaré.

Y, retirándose rápidamente, salió á la escalera. No llevaba llave ni luz, pero no reparó en ello. Estaba enloquecida. Unas horas de meditación son terribles para una cabecita femenina. Lo mismo que intentó salir por la puerta, pudo arrojar por el balcón. Consiguio el joven darla alcance en la escalera. Forcejeaba para desasirse y tuvo que abrazarla. La situación tornóla á la realidad y la crisis nerviosa se deshizo en llanto. Decía entre sollozos:

—Déjame, déjame... No quiero quedarme sola.

—¡Lita, Lita! ¡Estoy yo á tu lado! Además, ¿dónde iríamos? Madrid es un abismo. Mañana,

de día... Ven, pasa aquí. Hoy, no dormiremos. Haremos música y te distraerás. Ven, ven...

Isabel se resistía; pero él, empujándola suavemente, la hizo penetrar en su estancia.

Era un cuarto de soltero, de soltero desordenado y bohemio, con un gran piano vertical, algo deslucido. Isabel, tímida, cortada por hallarse en la habitación de un hombre que era su novio, abrumada por la pena de aquella desgracia irreparable que presentía, sentóse al piano, quizá para justificar ante sí misma la violencia de su situación, y musitó:

—Yo recuerdo de un vals...

Lo dijo blandamente, musicalmente, en un suspiro, como si empezara á recitar un soneto. Y luego piano, muy piano, apoyando la punta del pie sobre el pedal celeste, comenzó el vals, aquel vals añorado que oía el padre con emoción durante los días ya remotos, cuando ella tenía un padre y un piano. Evocaba la música horas dichosas de infancia é ingenuidad, de alegría en el hogar tibio y tranquilo, desde donde escuchaba las cornetas del cuartel próximo tocando la jocunda algarabía de una diana; los jardines del paseo cercano con sus árboles frondosos y sus cuidados macizos de césped y flores; aquellos juegos de muchacha; aquel asistente fornido y risueño, con cara de canónigo. Y su hermana, su hermanita discol y traviesa como un diablillo. Todo ese poema de la vulgaridad que se ha escrito para las hijas de los oficiales pobres, de los médicos sin fortuna, de los abogados sin pleitos...

Sollozaban las notas en el piano. Siendo una pianista vulgar, tal era, no obstante, la intensidad de su emoción, tanta alma ponía, que la música se lamentaba tierna, delicada, dolorosamente.

Contemplábala el amante, asombrado al principio, intranquilo, confuso después, cuando vió que iba desgranando las perlas de sus lágrimas y de lo hondo del pecho la subía á los labios el trémolo de un sollozo.

Apartóla dulcemente del piano y la atrajo hacia su pecho, donde la niña triste reclinó la cabeza...

En el piano se apagaba el gemido del vals. Isabel levantó la mirada y el artista leyó el amor y la gratitud en sus ojos claros. Posó los labios en la frente tersa y luminosa, luz que tenía algo de divinidad, haciendo que la niña desfalleciera entre sus brazos.

Un pájaro, noctámbulo como los poetas, cantaba penas, amores—voz de Arte—, abajo, entre la fronda del jardín ducal, envuelto en el manto egregio de la noche.

En el piano se había apagado el gemido...

Hacia el dolor

I

Los acontecimientos conmovieron todos aquellos hogares míseros y hediondos. Una extraña

sensación de alegría, de venganza satisfecha por la mano del destino, conturbó las pobres cabezas rudimentarias de las vecindonas envidiosas y aviesas. El odio tomó una temible forma de hipocresía, enmascarase de piedad.

Y era de ver la solicitud en preguntar á Isabel si la hermanita no salía de casa, si se hallaba enferma. Las comadres sabían la verdad de la historia porque eran prácticas en la infamia del espionaje como en la vileza de la murmuración.

Hacíanse comentarios en el portal, en los corredores. Hasta el casero, ya iniciado por la oficiosidad porteril, en el secreto de aquella grande desventura, aventuró en cierta ocasión una torpe y lasciva caricia con sus manos plebeyas y encallecidas. Sentía por Isabel una de esas pasiones livianas y caprichosas. Seducía su fragilidad, su vaporosidad, su ligereza, aquella blancura tenue y transparente de las mejillas, la claridad inocente de los ojos, ojos para leer en ellos sueños infantiles, el ademán sencillamente digno, prestigio heredado de aquella espada que había ceñido el padre, la carita ingenuamente dolorida y seria, de niña triste... Era la pasión que pudiera sentir un buitre por una paloma, un sapo por una mariposa.

Tenía en la portera un bravo auxiliar. Por ella supo aquellos amores de María Luisa con el elegante truhán de la taberna. Por ella supo más tarde el delicado, el romántico sacrificio de Isabel. La mujer habíase deslizado una noche á lo largo de los corredores, astuta, taimada, como una zorra. Escuchó detrás de aquellas puertas que sólo separaba un tabique, que ya nada separaba, rumor de palabras, de besos, de suspiros, de música, de amor...

Y el sátiro propietario, olvidando los desdenes sufridos, y viendo que ya la pobrecita estaba sola y perdida, paseó la miseria de su mente por las páginas intrincadas del Código penal, y supo que podía cometer una infamia á espaldas de la ley. Desde entonces, asedió á la muchacha, que se había rendido enamorada, buscando un refugio de paz para su espíritu inquieto y turbado, y que se hallaba en ese bello momento de ilusión y de entusiasmo cuando una mujer sostiene todavía con mano trémula el velo del misterio. Ella no quería, pues, enlazar estas gasas de diaphanidad. Por hambre se puede ser delincuente, pero no enamorado. Amaba tanto al joven que no quiso envilecer este sentimiento escuchando al viejo.

Mucho había plañido la ausencia de María Luisa. Eran ya pasadas algunas semanas y no se resignaba á perderla. Todavía tenía la esperanza de que algún día tornara contrita y desolada á implorar una vez más su cariño y su perdón. Y este solo pensamiento calmaba su dolor ante la idea de poder consolar y cuidar á la hermanita,

que volvería enferma de alma y de cuerpo. Poco á poco, su pena se fué haciendo más dulce y callada. Compartíala en su corazón con aquel amor sentimental que había vestido de pompa de oro la luz del ocaso, que había volado sobre un jardín de ensueño y que había arrullado la música de un vals. Sin el amor del adorado hubiera muerto abandonada entre la indiferencia de la



chusma. Y él, que lo comprendía, la halagaba con esa espiritual delicadeza de los soñadores que olvidan tan pronto, porque el ensueño es tornadizo y fugaz, pero que mientras aman hacen de su amor un culto. Propúsose en su corazón de hacer á la niña dichosa.

—Yo conquistaré el mundo para ti—decíala con la ingenuidad y el romanticismo de un joven aventurero provinciano, ignorante de que somos nosotros los esclavos del mundo. Y ella entonces dejaba de llorar por la hermana ausente, perdida sabía Dios dónde, y sonreía con su sonrisa de bondad y resignación, que el amor iba iluminando.

¡Oh, el amor, inexorable como la muerte, que

sube hasta los más altos alcázares y desciende á las más miserables y sombrías latebras, que se prende como una flor de vicio en el frac de un duque, que ciñe como una corona de espinas el corazón de un poeta!

¡Idealidad! ¡Luz de sol sobre las nubes de alburia mística, sonrisa de aurora y misterio de la noche, melodía del bosque, encanto de luna, llu-



via de flores, lluvia de estrellas, lluvia de corazonces! ¡Idealidad! ¿Por qué, Amor, buscas los pechos generosos para herirlos? ¿Para qué enseñas la eucaristía de la ilusión si luego ha de contaminarnos la banalidad y grosería de la vida?

Esta lírica declamación había salido de labios del muchacho un día en que se persuadió de que tenía estómago. Porque la conquista del mundo cada vez íbase haciendo más dura, sangrienta y complicada. El solo supo hacerla frente, jovial y burlesco, pero al lado de aquella muñeca que había quedado á su albedrío sintióse débil, cobarde. Quería adornarla de sedas crujientes, de sutiles encajes, de blandas pieles y joyas egre-

gias, como un príncipe liberal y magnánimo. Y veíala sufrir en la escasez, casi en la miseria, sitiada por hambre por aquel casero, tan groseramente cínico, que había querido sobornarle, hacerle su confidente, su aliado para la consumación del nefando delito de belleza y espiritualidad.

Tuvo que arrojarle á la escalera, y el hombre se alejó mascullando amenazas con voz sorda.

Después de esto tuvo una resolución heroica. Y un día subió en el tren y fuése á su tierra para vender el viejo caserón y el prado vecino, solar de sus antepasados, situados en un plácido y escondido rincón de la montaña. Y con esto, hacer á la muy amada el presente de su niñez, de sus recuerdos, de sus días de luz, de lo más puro y más noble que había en su alma.

¡Pero es tan triste ver partir al amor!...

¡Cuando el amor se aleja, parece tanto á una vida, que se va para no tornar!...

II

La juventud de María Luisa, que se había deslizado triste y monótona como un río pobre y seco á través de la llanura, despeñóse rápida en torrente. Cuando salió de aquel cuartito del merendero, embriagada de vino, de amor y de locura, tuvo miedo de volver á la casa inhospitalaria donde quedaban aquellos días negros de tedio y desesperación. También la imponía presentarse ante la hermana pura y estoica, resignada con su destino. Sentía el rubor de haberse dejado abandonar cobardemente á su pasión, sin una protesta, sin un esfuerzo para resistir. Ella no había sucumbido á un hombre, sino al odio roedor de su pecho hacia la turba ignorante y egoísta que contemplaba con delectación el lento y vulgar suplicio de su vida de señorita pobre y honrada. ¡La pobreza y la honradez! ¡El cinismo de esta contradicción! ¡El sarcasmo de estas dos virtudes en continua guerra! Hubo en su caída algo de anárquico. Y cuando arrojó su pudor y desnudó su alma, y desnudó su cuerpo, llevaba un firme propósito de liberación. Fué como si hubiera hecho el sacrificio vindicativo de su deshonor para arrojar tal vergüenza á la sociedad en rostro, recreándose con un inconcebible placer satánico, gozándose en ser podre y lepra para contaminar y emponzoñar á su paso, y que la sonrisa de beatitud de los dichosos se obscureciera trocándose en un gesto de asco y horror. Sucumbía por la idea, pensando en aquel pobre padre que murió allende de los mares y la parecía que su delito era como la justicia de las represalias, que se erguía en su conciencia para terror de tanta conciencia donde todo es falso y acomodaticio. La pobre ingenua ignoraba la indiferencia, el desdén con que las gentes ven pasar á su lado la errante ca-

ravana de los desgraciados. Luego, después de consumado el sacrificio comprendió que no había roto las cadenas y que su destino era la esclavitud, ser esclava de sí misma, de su vergüenza. Por eso, al regresar á Madrid aquella noche, habíase colgado del brazo del seductor murmurando:

—Yo no quiero ir á casa. No quiero..., no quiero...

Y él, algo frío y fatuo, orgulloso por haber desflorado una nueva inocencia, la había respondido:

—¿Y dónde quieres tú que yo te lleve?

Ella calló sumisa, comprendiendo que era una vencida, que se hallaba al albedrío de aquel hombre que había recibido la ofrenda de su virginidad con una desdeñosa indiferencia. Dudó un momento si abandonarle, si huir á través de aquellos campos negros y desolados vecinos á un cementerio, si huir de sí misma, de un espectro que era aquella María Luisa, pura y honrada un espectro blanco con fragante corona de azahares y jazmines. Era como el desdoblamiento de su personalidad en ayer y en hoy, en pasado y en presente, y en medio un abismo de misterio, el abismo del pecado. Todo menos volver á la casita que había sido el santuario de su virginidad, donde hallaría la terrible, la muda é inflexible acusación de las cosas, de los objetos familiares y amigos; el lecho que aún conservaría la huella del cuerpo, de la carne íntegra é inmaculada, la flor que se marchitaría en un vaso, el libro abierto, el cestillo de costura junto á la ventana. Ya para ella serían cosas muertas, cosas sin alma, semejantes á los ataúdes, á las negras cruces funerarias. Sentía tal estupor de incoherencia en sus ideas, que creyó que iba á enloquecer. Jamás en sus momentos febriles de rebelde había sentido tal aturdimiento. Una extraña sensación de soledad, de abandono y aislamiento la conmovía y acobardaba. Sentirse sola al lado del hombre que acababa de hacerla suya! Comprender cómo su alma iba á ser siempre un alma triste y enferma que vagara por el mundo sin el amparo y el calor de otra alma hermana! Comprendía la indignidad de aquella pasión y de aquel vencimiento, su caída en brazos de aquel rufián que no había sabido dorar y endulzar su sensualidad grosera con una peregrina farsa de arte, como hacían los donceles y galanes de sus lecturas familiares. Sintió cómo en la arcilla de su cuerpo iba extinguiéndose el fuego de su lámpara espiritual y se hallaba bestia, carne lujurante y espasmódica, pasto del placer brutal sin el refinamiento de un enervador orientalismo con que tanto había soñado durante las lentas tardes caliginosas del estío. Vela á sus pies la negrura abismal y sentía un incomprensible deseo de arrojarle á la sombra temerosa. Por un fenómeno de sus nervios sintió la sensación física de que iba á despeñarse. Sintió vértigo y estuvo á punto de gritar. Pero su espíritu rebelde se sobrepuso y, cerrando los

ojos, apretóse al brazo del mozo y se dejó conducir, diciendo con voz rápida y firme:

—Llévame donde quieras. A cualquier sitio, menos á mi casa.

Y el galán llevóla como una compañera más á la farándula trashumante y hamponesca con la que él convivía, en aquella existencia absurda llena de sobresaltos y peligros, presentándola también como una nueva joya á como un nuevo triunfo ya que el lujo y el amor eran en él un oficio, soportándola más tarde displicente, hasta que al cabo, no pudiendo seguir su camino de sombras y de enredos de noctámbulo perseguido y acosado supo encadenarla, recluirla en una mancebía dorada y elegante, palacio del hampa, templo del vicio para mayor escarnio de la pobre niña, hija de un pundonoroso militar, adjetivo con que se había honrado, ya que no pudo conquistar el de heroico, por su desgracia.

Su degradación fué brusca, sin transición, incomprensible en la historia y en la experiencia de las degradaciones femeninas. Se hundió en el cieno rápidamente, sin dejar huella, se perdió en la noche sin dejar á su paseo una huella de luz estelar se abatió como el viento abate un trapo. No hubo para ellas esos días encantados que hacen sobrellevar dulcemente la vergüenza y el oprobio de la falta, esos fugacísimos instantes de pasión y de entusiasmo que valen una vida. Se acreció sedienta á beber en unos labios y bebió veneno porque estaban emponzoñados. Fué quizá la sola, la única mujer que no gozó del placentero estupor de su caída. Amaneció en la casa honorable y durmió en la mancebía. El destino la había jugado una horrible y sangrienta burla. ¡También el Destino es un verdugo para las tristes señoritas cursis!

Acaso el ambiente de infortunio y de lujuria la fué propicio y familiarizó con su ánimo; tal vez aquella vida absurda y loca la subyugó y, una, como sensación de olvido, semejante á una anestesia espiritual, á un cauterio de las llagas de su corazón, la hizo arrojarle en el torbellino de aquellas costumbres enloquecedoras. El truhán seductor supo aprovechar esta fiereza y complicación de su alma que la hicieron ramera—porque vivimos en un siglo de frivolidad y de vicio—como la hubieran hecho mártir en los siglos de las persecuciones. Amó tanto al hombre objeto de su perdición, que supo ser comedianta de otros muchos falsos amores contratados, para comodidad, solaz y esparcimiento del reyezuelo. Vivió unos breves días intensos donde cada recuerdo era como una saeta, hasta que poco á poco, manos extrañas, sabias en ir arrancando saetas de los corazones, acabaron por dejarla sin corazón.

III

En todas las grandes ciudades ruidosas, febriles, enloquecidas por una lucha de ambiciones

y deseos, transcurren horas apacibles, silenciosas, de quietud y de calma, y entre las multitudes enardecidas se desarrollan unos sucesos llenos de melancolía. Estas horas sin ruido y estos sucesos recónditos, pasan sobre la vida colectiva sin despertar interés.

Era una de estas horas de uno de esos días. Las siete de la mañana. Las calles estaban solitarias, abandonadas. Era la mañana fría, opaca, invernal. A lo largo de la calle de la Princesa corría raudamente un tranvía eléctrico. Iba lleno de viajeros, de esos simpáticos desconocidos que hacen juntos un viaje, durante una hora, durante un día, durante la vida acaso. Iba una mujer joven un poco ajada, marchita, enfermiza, con un niño en los brazos á quien besaba con esa efusión maternal algo cruel. A su vera un anciano hosco, brumoso, siniestro, dormitaba. Seguía otra mujer conduciendo dos niñas gemelas, dos niñitas rubias, con los ojos azules y curiosos, delicadas, espirituales, que hablaban con una vocecita armoniosa y reían, reían sin cesar con infantil locura. Y luego una viejecita, angustiada y temblorosa, con las manos enlazadas como en oración y la cabeza abatida, una triste cabeza que quizá no podía con el peso de los recuerdos. Y más hombres, y más mujeres, todos entenebrecidos, sombríos, y más niños alegres, risueños unos, gimientes, doloridos otros.

En un rincón del tranvía iba María Luisa con la faz pálida, alargada, los labios contraídos en aquella amarga mueca de despecho y los ojos fulgurantes, retadores, bajo el hermetismo de la frente, en el fondo violáceo de las ojeras trágicas. Habían adquirido más audacia sus senos, más amplitud y firmeza sus caderas, pero el ritmo, el movimiento, el ademán, era el mismo, rápido, enérgico y nervioso. Revolvíase inquieta en el asiento, impaciente, con prisa de llegar al fin de aquel camino que recorría á través de las calles de la Corte. Una vez, detúvose el tranvía bruscamente para que descendiera un viajero, y sus ojos le asietaron furibundos á través del vidrio de la ventanilla, hasta que le hubo perdido de vista. También en el semblante de los otros viajeros se había pintado el sobresalto. El viejo patibulario había rugido. La madre, florosa, tornó á imprimir en la carita sonrosada del niño sus besos torturantes, y la viejecita acentuó el ademán extático de sus manos, mientras todos clamaban: «¡No llegaremos; no llegaremos á tiempo!»

Al cabo sonó el timbre imperativo, y el tranvía detúvose frente á un edificio vasto, rojizo, de arquitectura austera é imponente, con aspecto de fortaleza y aspecto de hospital. Ante su puerta había una guardia y en lo alto una sentencia que reza: «Odia el delito y compadece al delincuente». Era la Cárcel Modelo.

María Luisa descendió, trasponiendo aquella hosca y temerosa puerta entre la gente apenada, unida por la misma desdicha. Aquella puerta

ta que se había tragado tantas vidas, tantas honras y tantos pensamientos.....

Fué...

Una noche en la casa pública se produjo un inusitado movimiento. Habíase presentado la justicia demandando su presa. Todos se sobresaltaron. Quien más, quien menos, tenían por qué temer la visita de esa implacable diosa de la espada y la balanza. Registraron todo.

María Luisa—que ya se llamaba Mary—vió cómo su amante se inquietaba, cómo al escuchar los pasos de la policía empuñaba un revólver, y cómo después, con desaliento, dejaba caer el arma y se entregaba pasivamente, con indiferencia y calma de predestinado, á los agentes. Más tarde, en el Juzgado, lo supo todo. Acusábasele de complicidad en una estafa que había hecho gran ruido en Madrid.

Por eso aquella mañana fría y gris del invierno, había corrido hacia el caserón lúgubre y sombrío. Allí perdió toda esperanza. Estaba probado el delito. Y la cuitada, viéndose sin honor y sin amante, corrió al refugio piadoso de la hermana ofendida, creyendo que iba á encontrar fortaleza en la misma debilidad.

IV

Aquella mañana, con la frente pegada á los cristales del balcón, contemplaba Isabel el llanto de la fronda perenne del jardín vecino, el resbalar de las sucias lágrimas de agua sobre el verde bronceo de los árboles. El llanto de aquel jardín llevaba una grata saudade consoladora á su alma, donde también florecía un jardín que lloraba. Lloraba soledad. No había escrito el amado desde su partida, y la muchacha se daba á inventar, á forjar novelas en su mente, unas novelas muy tristes que hubieran causado la emoción de muchas señoritas como ella atormentadas. Ya veía á su novio paseando la alameda, corriendo la ribera del río en compañía de una linda damita lugareña, vestida con un trajecito claro y vaporoso, con breves zapaticos que luciría al recoger la saya para saltar un arroyo; con frescos colores de manzana y ojos inocentemente picaros. Y quizá esta niña sería una prima suya que le habría aguardado para cuando tornara, persuadida de que había de volver aún á trueque de esas cosas desconocidas para ella que se llaman la Gloria y la Fama. Veía cómo al pie de una fuentecilla ella le ofrecía clarísima agua en el hueco de su manecita gordezuela y morena, y cómo él, al agotar el agua, besaba la palma limpia y huidora. Y luego, abatíase á cortarla una flor que él mismo prendía entre el maíz tostado de su pelo. Veíalos—tal era su imaginación de enemiga—de vuelta á la aldea, ciñéndola el talle él, doblando ella la cabeza sobre su hombro. Y hasta



Ayuntamiento de Madrid

creía oír el canto lento y monótono de los campesinos, y el toque pausado de las campanas á oración. Un ambiente de bienestar y de calma cobijando aquel amor dulce, limpio de culpa. Era la influencia de muchas lecturas, de muchos cromos donde había visto representadas tales escenas amorosas y pastoriles. Toda una bucólica de literatura y litografía.

Y lo triste fué que el esperado no volvió como todos esos señoritos de pueblo que vienen á la Corte á medrar, y logran encender una pasión

«¿Será el cartero?», se preguntó... «Los carte-ros suelen tener siempre mucha prisa.» «¿Será acaso él...?» «¿Será...?» Y otra vez volvió á pensar en la hermanita ausente, censurándose el tenerla casi olvidada, porque su amor embar-gábala enteró el pensamiento. Del balcón á la puerta tuvo mil imaginaciones. Cuando abrió no fué dueña de contener un grito de sorpresa y de alegría. Era María Luisa. Abrazáronse las herma-nas sollozando calladamente, como si cada una temiera despertar la pena de la otra, exacerbar



en el pecho de una costurera. Pasaron días y días, y ya Isabel iba apuntando un nuevo dolor á la cuenta de tantos dolores. En la novela que ella en su mente había compuesto quedó suelto un hilo, el de aquel amor que desapareció. Era el hilo, de una vida. Comprendió cómo se había equivocado cuando supuso que en su corazón no cabría una pena más. Bien veía que su corazón era insaciable para el tormento...

Mitigaba el sufrir aquella mañana contem-plando el jardín por donde habían volado sus sueños, jardín amigo que parecía dedicarla tam-bién el homenaje consolador de su tristeza. Brus-camente sonó en la puerta un campanillazo fu-rioso. Isabel salió entre impaciente y temerosa.

aquel sufrir tan arraigado y tan antiguo, como si estuvieran avergonzadas en derramar aquellas lágrimas, que habían caído sobre tantos sagra-dos infortunios, para plañir su infamia.

Poco á poco fueron tranquilizándose y pregun-táronse con los ojos:

—Cuenta...

—Cuenta...

Y la primera, como siempre lo era en todas las resoluciones, fué María Luisa que musitó tenuemente:

—Isabel... ¡Yo todo lo he perdido!—Y pasado un minuto, respondió Isabel:

—¡Yo también lo he perdido todo, María Luisa.



Doblaron las cabezas sobre el pecho. Isabel estaba muy pálida. Habíala dolido más la confesión, porque no había hecho pública su desgracia. Su propia revelación dejola anonadada. No comprendía cómo sus labios no se habían abrasado al confesar aquello delante de la hermana, nombre como su nombre, y sangre como su sangre. Creyó ver en los ojos de la otra culpable la noble y dura mirada del soldado, la mirada también dura y severa de la madre santa. Era como un fulgor de ultratumba. Hincóse de rodillas y comenzó á rezar apresurada en voz alta. Y María Luisa, impresionada por aquella escena de tan sencillo y solemne arrepentimiento, no pudo sujetar sus nervios más tiempo, y cayó al suelo con una convulsión, lanzando gritos desgarradores y agudos. Cuando pudo serenarse fueron contándose sus cuitas; una larga narración confidencial con suspiros, con lágrimas, mutua confesión de dos conciencias turbadas, desorientadas. No podían comprender cuál de las dos era la mayor desgracia.

María Luisa narró sus breves días intensos de locura y de inconsciencia, viviendo una incomprensible vida de pesadilla que la atormentaba, causándola vértigo. Las noches de orgía, de *juerga* rufianesca y chula donde, la guitarra y la copla, y la voz y la mirada eran celestinas, celestinas de cubil, de antro hediondo y temeroso de prostitución y de crimen; el rodar durante las noches inclementes de miseria, de mucha más horripilante miseria que la pasada—la miseria de los vagabundos, de los mendigos y los golfos—por los bancos mugrientos de los cafetines, donde la tropa hampona va á rascar su carroña y su podre; el dormir sin reposo en los lechos de ocasión, en las posadas galantes. Y narró muy quedito las vilezas, las brutalidades de aquel hombre que la golpeaba inhumano.

Toda la vida, angustiado y jadeante, sin reposo y sin redención de las vencidas, de las invalidadas para vivir entre las gentes cretinas y mediocres que han hecho de la palabra burguesía un baluarte inexpugnable para toda desventura que no esté dentro del substancioso prado donde pacen.

Narró Isabel su dolor, su dolor de ausencia y soledad, como había sentido romperse dentro de sí como un cristal armonioso, que al quebrarse había sonado á música, aquel vaso sagrado donde se encerraba la esencia de su vida, lo mejor de su alma, lleno con las lágrimas de sus ojos, desbordante de llanto y que ya no había podido contenerle, porque entre las lágrimas habían caído algunos amargos desengaños.

Aquella niñita que había sabido ser fuerte y firme, dura á la adversidad y al sufrimiento, se sentía anonadada. Su virtud y abnegación habían sido tan sutilmente delicadas que pudieron resistir los rudos embates de la realidad y no pudieron oponer firmeza á sus íntimas amarguras. Mientras fué directora espiritual,

amparo y sostén de la hermanita débil y pronta á cualquier desliz, la idea de su elevada misión la sostuvo. Al verse sola, sin objeto ni razón, no pudo soportar el infortunio. Y ante aquel dolor manso y resignado que fluía blandamente de los labios de Isabel con un musiteo como de rezo, como de llanto, velado sin inflexiones, como una voz que se asombrara de su propio sonido, comprendió María Luisa cómo su dolor no era tan intenso y atormentador. ¡Oh, el dolor de Isabelita! «¡Adiós, Ideal; adiós, Ensueño; adiós, Imposible! ¡Te amaré desde lejos con un amor que sea luz y no sea fuego, que sea flor y no sea fruto, que sea ilusión y no llegue nunca á realidad! ¡Te amaré como á los santos, sobre los santos, sin la esperanza de una recompensa ultraterrestre! ¡Este amor cantará una estrofa en cada latido de mi corazón, y cuando yo muera, mi corazón será un poema donde cada verso sea un suspiro, un sollozo! ¡Recibe, adorado, lá ofrenda de mi amor y de mi llanto!»

Estas palabras no las dijo Isabel, pero las pensó. Fué también como si hubieran fluído blandamente de una herida abierta en su costado, como un hilo de sangre.

Por el silencio que acompañó á estas meditaciones, á estas oraciones, y el anonadamiento y angustia de Isabel, comprendió María que la cuita de su hermana era mucho más grande. Ella había tenido siquiera la satisfacción demoñaca de haber hecho, de su propio envilecimiento, vilipendio.

—Isabel—terminó María blandamente—: Tú no sabes lo que es esta vida. Vas rodando de unos brazos en otros brazos, y cada pasión te hace olvidar la pasión anterior. A fuerza de tanto amar, olvidas el amor...

Isabel, muy pensativa, preguntó:

—¿Crees de verdad que se olvida? Yo quisiera aprender á olvidar como tú...

—No, Isabel, no. Tú eres muy buena..., muy buena...

Y no pudo seguir aquel diálogo incoherente donde más decían los sollozos que las palabras. La besó con su último beso de castidad y salió. Ya en la puerta se detuvo porque Isabel la asía suplicante.

—María... Yo quiero ir contigo. También quiero olvidar...

—¡No vayas, por Dios! ¡Te morirías de vergüenza y de pena!

—Sí, iré, iré. Quiero olvidar... quiero olvidar... aunque muera... — siguió Isabel repitiendo, mientras María Luisa descendía rápida la escalera, casi arrollando á las comadres aviesas y murmuradoras, á la portera celestinesca, que lanzó su injuria venenosa entre dos tragos.

Allí en el fondo de la portería los ojillos fosforescentes del casero irradiaban su lujuria y su ira como un símbolo.

Lectorcita: Tú estás habituada á la leda ca-

ricia de los madrigales, á la galanura ceremoniosa de los sonetos, á la picardía retozona de las letrillas, y tal vez—si eres cándidamente sentimental—á la blanda dulzura de la égloga y del idilio. Por eso te habrá causado tedio la vulgaridad de esta vulgarísima historia. Mas es la misma de tu amiga Paquita, de tu enemiga Laura, de Rosa, tu condiscípula.

Un día, las has visto paseando por una calle recóndita del Retiro, vestidas con un manto negro y una falda parda. Han bajado los ojos al suelo para huir de la mortificación de tu saludo. Luego, otro día estival, has cubierto tu sombre-

ro con una alba gasa, flotante y vaporosa, y has corrido á una playa frívola y mundana á gozar del triunfo de tu juventud, tu belleza y tu dicha.

Y al volver — Madrid te has preguntado: «¿Qué habrá sido de Paquita, de Laurita, ó de Rosita?»

«Nadie sabe de estas niñas.»

...Pero yo te diré que la última noche de esta historia, Isabel fué á reunirse con María Luisa en aquella casa del placer y del olvido.

Madrid, Agosto, 911.

Rufo Voldán



LIBROS Y REVISTAS



D. Carlos Cruz es un escritor canario de positivo mérito, según demuestra en «El amor en marcha; diálogos inverosímiles»; comedieta muy interesante, que ha tenido la bondad de enviarnos.

Son los personajes de esta amable farsa, el Poeta, la Mujer, el Filósofo y el Seductor.

El Sr. Cruz escribe con un estilo armonioso, hondo y emocionante, y respecto á la fábula, tiene cierto encanto ibseniano á la manera de «Renaceremos de nuestra muerte». Es el triunfo de la vida sana, triunfal y sensual, sin prejuicios sociales ni de literatura.

El Poeta ama á la Mujer y á ella le agrada oír la parlería musical de sus madrigales. En la apoteosis de este idilio, el Filósofo sonríe escéptico: sabe muy bien que ella, que tiene el alma frívola de Colombina, preferiría un lindo collar de piedras preciosas.

«Mira, ella, como todas las mujeres, es un poco coqueta y otro poco vanidosa, y entre un collar, presente de un amigo, y un madrigal, ofrenda tuya, prefiere, con muy buen acuerdo, el collar, que realza la hermosura de la garganta...»

Mas luego llega el Seductor, que es joven y fuerte como el cazador de osos de Ibsen. Ade-

más, para mayor encanto, trae en las manos el precioso collar con que la Mujer soñaba. El amor al Poeta queda sólo como un recuerdo sentimental, como la estela de sus versos.

«¿Qué hermoso! ¡Qué lindos brillantes! ¡Qué esmeraldas tan encantadoras! ¡Cuánto te quiero, amor mío!»

Y amorosamente enlazados se pierden los amantes.

«Un soplo de paganismo ha pasado por entre la fronda como una evocación de gentilicos sacrificios. Van á alzar en el templo de Afrodita.»

El Poeta solloza y el Filósofo sonríe.

—¿No ves que es la vida que se afeja?

—¡Es la traición, el engaño!

—No, es la verdadera poesía que emprende el vuelo; es el amor en marcha.

—Y, ¿qué es de mí sin ella, sin la musa inspiradora de mis versos?

—Ahí tienes á tu otra amada, la que no te engaña, la que te es fiel. Canta á la Luna.

Es la vieja, trágica y desconsoladora historia de Pierrot, poeta. La comedieta es una exaltación de la vida fuerte, sensual, provocadora... Sin embargo, ¿no os parece que el Poeta es la sola figura noble de la farsa?

Números publicados de EL CUENTO SEMANAL

Año I.—Primer semestre.—1.* Jacinto Octavio Picón: *Desencanto*.—2.* Jacinto Benavente: *La sonrisa de Gioconaa*.—3.* Gregorio Martínez Sierra: *Aventura*.—4.* Eduardo Zamacois: *La cita*.—5.* Salvador Rueda: *La guitarra*.—6.* Antonio Zozaya: *La maldita culpa*.—7.* Emilia Pardo Bazán: *Cada uno...*.—8.* Joaquín Dicenta: *Una letra de cambio*.—9.* Felipe Trigo: *Reveladoras*.—10. José Francés: *El alma viajera*.—11. Eduardo Marquina: *La caravana*.—12. Juan Pérez Zúñiga: *La soledad del campo*.—13. Pedro de Répide: *Del Rastro á Maravillas*.—14. Manuel Bueno: *Guillermo el apasionado*.—15. Manuel Linares Rivas: *La espuma del champagne*.—16. Pedro Mata: *Ni amor ni arte*.—17. Amado Nervo: *Un sueño*.—18. Alejandro Sawa: *Historia de una reina*.—19. F. Villaespesa: *El milagro de las rosas*.—20. S. y J. Alvarez Quintero: *La madrecita*.—21. Sinesio Delgado: *El fin de una leyenda*.—22. Ramírez-Angel: *De corazón en corazón*.—23. A. Larubiera: *La conquista del jándalo*.—24. Mauricio López-Roberts: *Las tres reinas*.—25. Colombine: *El tesoro del castillo*.—26. F. Serrano de la Pedrosa: *¡Por mala!*

Segundo semestre.—27. Pablo Parellada: *Pompas de jabón*.—28. Ramón Pérez de Ayala: *Artemisa*.—29. Manuel Ugarte: *La leyenda del gaucho*.—30. Mariano Vallejo: *Deuda pagada*.—31. Arturo Reyes: *La Moruchita*.—32. Angel Guerra: *Al «jallo»*.—33. Rafael Leyda: *Santificarás las fiestas*.—34. Cristóbal de Castro: *Luna, lunera...*.—35. Ricardo J. Catarineu: *Almas errantes*.—36. Francisco F. Villegas (Zeda): *Confesión*.—37. Claudio Frollo: *Cómo murió Arriaga*.—38. Antonio Palomero: *Don Claudio*.—39. Pompeyo Gener: *Últimos momentos de Miguel Servet*.—40. Carlos Luis de Cuenca: *Lo que son las cosas*.—41. J. López Pinillos: *Frente al mar*.—42. Blanca de los Ríos: *Las hijas de D. Juan*.—43. Julio Camba: *El desbarbero*.—44. Miguel Sawa: *La muñeca*.—45. Luis Bello: *El corazón de Jesús*.—46. J. Ferrándiz: *El «Dies iræ» de San Huberto*.—47. A. R. Bonnat: *Un hombre serio*.—48. Alberto Insúa: *Las señoritas*.—49. J. M.* Salaverria: *El literato*.—50. Apeles Mestres: *La espada*.—51. Blanco-Belmonte: *La ciencia del dolor*.—52. Rafael Salillas: *Quiero ser santo*.

Año II.—Primer semestre.—53. NÚMERO-ALMANAQUE: *Del camino*, por Joaquín Dicenta. Precio: 50 céntimos.—54. Manuel Linares Rivas: *Un fiel amorador...*.—55. Antonio Zozaya: *Cómo delinquen los viejos*.—56. Eduardo Marquina: *«La muestra»*.—57. Arturo Gómez-Lobo: *La senda estéril*.—58. Sinesio Delgado: *Espíritu puro*.—59. Pedro de Répide: *El solar de la bolera*.—60. Eduardo Zamacois: *El collar*.—61. J. Francés: *Mientras las horas duermen*.—62. Gabriel Miró: *Nómada*.—63. Ramón A. Urbano: *El barbero del usia*.—64. Pascual Santacruz: *Nobleza obliga*.—65. José M.* Matheu: *Un bonito negocio*.—66. Leonardo Sherif: *Los cuernos de la luna*.—67. Francisco F. Villegas (Zeda): *La fábrica*.—68. Blanca de los Ríos: *Madrid goyesco*.—69. Felipe Sassone: *Viendo la vida*.—70 y 71. Benito Pérez Galdós: *Gerona*.—72. Jacinto Octavio Picón: *Rivales*.—73. G. Martínez Sierra: *Torre de marfil*.—74. A. Hernández-Catá: *El pecado original*.—75. Arturo Reyes: *El Niño de los Catreles*.—76. F. García-Sánchez: *Historia romántica*.—77. Felipe Trigo: *El gran simpático*.—78. Ramón M. Tenreiro: *E ibrujamiento*.

Segundo semestre.—79. Cristóbal de Castro: *Las insaciables*.—80. Joaquín Dicenta: *La gañana*.—81. Colombine: *Senderos de vida*.—82. Salvador Rueda: *El poema de los ojos*.—83. José Santos Chocano: *La cruz y el sol*.—84. Claudio Frollo: *Las cuatro mujeres*.—85. Eduardo Marquina: *Corneja siniestra...*.—86. Mauricio López-Roberts: *En la cuarta plana*.—87. A. Zozaya: *La princesita de Pan y Miel*.—88. Pedro de Répide: *Noche perdida*.—89. Manuel Ugarte: *La sombra de la madre*.—90. Pedro Mata: *Cuesta abajo*.—91. F. Serrano de la Pedrosa: *El «Emperador»*.—92. Joaquín Dicenta:

- Galerna.**—93. J. Benavente: *Nuevo coloquio de los perros*.—94. A. Martínez Olmedilla: *Por dónde viene la dicha*.—95. Condesa de Pardo Bazán: *Allende la verdad*.—96. J. Ortiz de Pinedo: *La dicha humilde*.—97. Eduardo Zamacois: *El paralítico*.—98. Felipe Trigo: *Las posadas del Amor*.—99. J. M. Salaverria: *Mundo subterráneo*.—100. A. González Blanco: *Un amor de provincia*.—101. J. López Pinillos: *Los enemigos*.—102. Antonio Zozaya: *La bala fría*.—103. Condesa de Pardo Bazán: *Belcebú*.—104. Juan Pérez Zúñiga: *El cocodrilo azul*.
- Año III.—Primer semestre.**—105. Manuel Bueno: *El talón de Aquiles*.—106. Enrique López Alarcón: *La Cruz del Carriño*.—107. J. Téllez y López: *Mater admirabilis*.—108. R. Urbano: *La Santa Fe*.—109. F. Flores García: *El padrino*.—110. G. Martínez Sierra: *Egloga*.—111. Felipe Trigo: *Lo irreparable*.—112. J. J. Lorente: *Fueros de la carne*.—113. J. Benavente: *¿A ver qué hace un hombre?*.—114. Cijes Aparicio: *La venganza*.—115. F. Periquet: *Exhausto*.—116. López de Haro: *Vulgaridad*.—117. Cristóbal de Castro: *La bonita y la fea*.—118. Eugenio Sellés: *Ensueños de muñecas*.—119. Luis Calpena: *Un milagro del Arte*.—120. Pedro Mata: *La celada de Alonso Quijano*.—121. R. del Valle-Inclán: *Una tertulia de antaño*.—122. José M. Matheu: *Entre el oro y la sangre*.—123. Alberto Insúa: *Cómo cambia el amor*.—124. Pedro G. Magro: *Hidalguía morisca*.—125. Ricardo León: *Amor de caridad*.—126. F. Serrano de la Pedrosa: *La broma*.—127. Emilio Carrère: *El dolor de llegar*.—128. Eduardo Marquina: *Beso de oro*.—129. Guillermo Hernández: *Pedazos de vida*.—130. José Francos Rodríguez: *La hora feliz*.
- Segundo semestre.**—131. Eugenio Noel: *Alma de santa*.—132. Luis de Tapia: *Así en la tierra*.—133. Juan A. Cavetany: *La Niña de los rubios*.—134. Luis Antón del Olmet: *Por qué soy un bohemio*.—135. E. Menéndez y Pelayo: *El mole*.—136. Bernardo Herrero Ochoa: *La esfinge de hielo*.—137. Luis Huidobro: *Carucho*.—138. Federico Urrecha: *El suicidio de Regulez*.—139. J. Pous y Pagés: *El hombre bueno*.—140. Alfonso García del Busto: *Sueño de hogar*.—141. Benigno Varela: *La Terrorista*.—142. Andrés González-Blanco: *El castigo*.—143. Francisco Villaespesa: *El último Auderrián*.—144. E. Gómez Carrillo: *Nuestra Señora de los Ojos Verdes*.—145. F. Falero Marquina: *Rara avis*.—146. Felipe Trigo: *A todo honor*.—147. Ramón Pérez de Ayala: *Sentimental Club*.—148. Carmen de Burgos (Colombine): *En la guerra*.—149. Rafael López de Haro: *Del Tajo en la ribera*.—150. Eduardo Marquina: *Rosas de sangre*.—151. Martínez Cuenca: *Semana de Pasión*.—152. Concepción Gimeno de Flaquer: *Una Eva moderna*.—153. Alberto Insúa: *El crimen de la calle de...*.—154. Carlos Fernández Suñer: *El poema de Caracol*.—155. Luis Cánovas: *El obstáculo*.—156. Sofia Casanova: *La princesa del amor hermoso*.—157. Miguel Ramos Carrión: *La reina de los Madgyares*.
- Año IV.—Primer semestre.**—158. Salvador Rueda: *El poema á la mujer*.—159. Pedro de Répide: *Un cuento de viejas*.—160. Dorio de Gádex: *Por el camino de las tonterías...*.—161. Arturo Reyes: *De mi almízar*.—162. Vicente Almela: *La senda triste*.—163. Joaquín Belda: *Un baile de trajes*.—164. Carlos Miranda: *Mi niña*.—165. Benigno Varela: *Relampagos de mi vida*.—166. Antonio M. Viérgol: *La tragedia política*.—167. Felipe Sassone: *En carne viva*.—168. Joaquín Dicenta: *El idilio de Pedrin*.—169. Waldo A. Insúa: *Vida truncada*.—170. Prudencio Canitrot: *El señorito rural*.—171. Angela Barco: *Fémína*.—172. A. Hernández Catá: *La distancia*.—173. E. Marquina: *Fin de raza*.—174. Antonio de Hoyos y Vinent: *La reconquista*.—175. Luis Huidobro: *La casa número 13*.—176. José María Tenreiro: *La agonía de Madrid*.—177. Emilio Carrère: *Elvira la espiritual*.—178. Gustavo Vivero: *Amelia*.—179. Concha Espina de Serna: *La ronda de los galanes*.—180. Mark-Twain: *El capitán Tormenta*.—181. Anatole France: *Komm «el Atribata»*.—182. Francisco Rodríguez Marín: *Azar*.
- Segundo semestre.**—183. León Tolstoy: *Valor*.—184. Felipe Trigo: *Además del frac*.—185. Colette Willy: *Mi alma era cautiva...*.—186. Alberto Insúa: *La camarera del Bar Inglés*.—187. Alfonso Daudet: *Calvario*.—188. Charles Bau laire: *La Fanfarlo*.—189. Antonio de Hoyos y Vinent: *La estocada de la tarde*.—190. Robert L. Stevenson: *El diablo embotellado*.—191. Manuel Linares Rivas: *Lo que no vale la pena*.—192. Emilio Carrère: *Aventuras de Amber, el luchador*.—193. Eça de Queiroz: *El difunto*.—194. José M. Salaverria: *Nicéforo, el tirano*.—195. Paul Hervieu: *Los ojos verdes y los ojos azules*.—196. Juan Tomás Salvany: *Quinientas pesetas*.—197. Benigno Varela: *La humilde curiosa*.—198. Joaquín Belda: *No hay burlas con el casero*.—199. A. González Blanco: *Idilio de a ea*.—200. Emiliano Ramírez Angel: *Invención, Ilusión y Compañía*.—201. José Francés: *La venganza del río*.—202. Augusto Martínez Olmedilla: *El precipicio*.—203. Federico Jaques: *La última jugada*.—204. Alejandro Larrubiera: *Tía Paz*.—205. Julio de Hoyos: *Evangelina*.—206. Mauricio López Roberts: *Mar adentro*.—207. Luis Antón del Olmet: *La risa del fauno*.—208. Pedro de Répide: *Un conspirador de ayer*.—209. NÚMERO EXTRAORDINARIO. López Silva: *El patio tranquilo*.
- Año V.—Primer semestre.**—210. Francisco Villaespesa: *La venganza de Aischa*.—211. Eugenio Noel: *El rey se divierte*.—212. Isaac Muñoz: *Los ojos de Astarté*.—213. Manuel Aranz. Castellanos: *El cojo, campeón*.—214. Arturo Reyes: *Sangre gitana*.—215. Emiliano Ramírez Angel: *Historia sin desenlace*.—216. José M. Matheu: *Después de la caída*.—217. J. López Pinillos: *El ladronzuelo*.—218. F. García Sanchiz: *Pastorela*.—219. Vicente Pastor: *Los amores de Vicente Pastor*.—220. Antonio de Hoyos y Vinent: *La pantera vieja*.—221. Waldo A. Insúa: *Cinematógrafo provincial*.—222. Eugenio Noel: *El crimen de un partido político*.—223. José Francés: *El hombre que veía la muerte*.—224. P. Conrado Muñíos Sáenz: *El problema de Job*.—225. Luis Antón del Olmet: *La canción del juglar*.—226. Luis Huidobro: *Prometeo*.—227. Emilio Carrère: *El divino amor humano*.—228. Joaquín Belda: *La «season» de Bayas*.—229. Pedro Luis de Gálvez: *La Rosa Blanca*.—230. Pedro de Répide: *Las cartas de la azafata Cloe*.—231. Eduardo Barriobero: *La cofradía de los mirones*.—232. Eugenio Noel: *Don Oliverio XXIV de Bombón*.—233. Javier Valcarlos: *Acaso*.—234. Manuel Linares Rivas: *Las alondras*.—235. Augusto Martínez Olmedilla: *Un milagro en Lourdes*.
- Segundo semestre.**—236. Emiliano Ramírez Angel: *La primavera y la política*.—237. Jesús R. Coloma: *Por una novela un alma*.—238. Carmen de Burgos (Colombine): *El honor de la familia*.—239. Pío Baroja: *Adiós á la Bohemia*.—240. Antonio Asenjo: *El amante de corazón*.—241. Luis Huidobro: *Un droguero á «Siete Picos»*.—242. F. Serrano de la Pedrosa: *Rabos de lagartijas*.

PEDID SIEMPRE ESTA MARCA

Se emplea con éxito
seguro en el reuma-
tismo articular agudo
y crónico y en la gota.

Es el mejor polvo
dentífrico y el más
económico



Sustituye en bondad
y es más económico
que todas las aguas
minerales usadas
para las enfermeda-
des del estómago

Cajas de pastillas
comprimidas de bi-
carbonato de sosa á
0,50 la caja

Latas que resultan más económicas, á 5 pesetas
CAJAS A 0,50 Y UNA PESETA

IMPORTANTE

A todos los que se suscriban á EL CUENTO SEMANAL por el segundo semestre del pre-
sente año, previo pago anticipado de 6,50 pesetas, se les regalará una elegantísima tapa
para la encuadernación del mismo, la cual se les servirá con el último número del mes
de Diciembre próximo.

Dirigirse á la Administración de EL CUENTO SEMANAL, Fuencarral, 90, bajo

PARA CASAS DE CAMPO

No hay luz que se asemeje en intensidad, blancu-
ra y fijeza, á la de incandescencia, por gasolina,
de la casa Laorden y Compañía, Atocha, 43,
Madrid.

Es inexplosiva. No produce humo ni olor.

Fábrica de corbatas

GAMISAS, GUANTES, GENEROS PE PUN-

TO, ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo :: CAPELLANES, 12 :: Precio fijo



Peluqueria
de Señoras

LA COIFFURE de PARÍS

Postizos París in-
visibles. - Ondu-
lación natural.
Peinados alta
fantasía. - Bisonés
París, creación
:: de la casa ::

CORREDERA BAJA. 19
:: junto á Lara ::

Ha sido nombrado Agente exclusivo para la publicidad en
EL CUENTO SEMANAL D. Juan Pérez D. Aragón, á quien se
dirigirá la correspondencia.

FUENCARRAL, 90

Ayuntamiento de Madrid

Vino de Peptona de Ortega

Para **convalecientes** y **personas débiles**; es el mejor tónico y nutritivo. Inapetencia, malas digestiones, anemia, tisis, raquitismo, etc. Los **anémicos** deben emplear el vino ferruginoso, que tiene las propiedades del anterior, más la reconstituyente del hierro

ORTEGA

Laboratorio-Fábrica

Puente de Vallecas



Primera y única fabricación en grande escala de las Pectonas y sus preparados por medio del vapor y con todos los aparatos más modernos



Premiado con medalla de oro en el IX Congreso Internacional de Higiene y Demografía y en la Exposición Universal de Bruselas de 1910

MADRID

Farmacia:

Calle de León, 13